

Buñuel tranquilo, escéptico y un tanto melancólico de mil novecientos setenta y dos lanza una mirada a veces enternecida y todavía a menudo cruel, a una sociedad de la que conoce los más escondidos resortes. Ya no trata de cargar su relato con provocaciones inútiles: los guiños satíricos y surrealistas de la película parecen existir para mantenernos en un país conocido. Pero la eficacia prefiere ahora las vías más sutiles y más moderadas de la alusión».

### Fiel a todo

Lúcido es «Le Monde», y por algo se le considera portavoz de la burguesía ilustrada. Jean de Baroncelli se niega a comprender o a explicar... demasiado: «Buñuel se divierte. Es lo que sorprende de entrada. Es evidente que ha realizado este film con placer y por su placer. Y como para él libertad y juventud son sinónimos, le encontramos más joven que nunca. Bromista, irónico, cáustico. Desenvuelto, turbulento, insolente. Las fantásticas bromas de un humor muy personal de "El discreto encanto..." hacen que la película sea menos de reflexión que de resplandores. Es una película que discurre como un arroyo. Creo que hay que verla de la misma forma en que se ha rodado, con el espíritu ligero, dispuesto, abandonándose a las sorpresas y a las gracias del relato, sin tratar de descarlo o de analizar los símbolos.

«Fiel como una roca a sus antiguas rebeliones y a su espíritu creador, Buñuel se pone guantes de terciopelo para arañar mejor. Lo que aquí nos ofrece, esta extraña, esta explosiva mezcla de comedia-pañfletto, de "vaudeville" surrealista y de poema onírico, sólo a él le pertenece. Sólo él podía reunir semejantes ingredientes. Tejido con los mismos sueños, salpicado con los mismos atrevimientos de la imaginación, este nuevo film sigue en la línea de los precedentes: no existe solución de continuidad en la obra buñueliana. A lo máximo se notaría el distanciamiento del autor con sus personajes. Buñuel no consigue lamentarse ante esos burgueses que fustiga y renuncia a encontrarles circunstancias atenuantes. Son así, y así los describe. Mediocres y tontos, inconscientes y ridículos.

«Como todo moralista, Buñuel es pesimista. Políticamente es un escéptico. Si ataca a la burguesía es porque le parece que representa de forma ejemplar a un "mal social" situado más allá de los sistemas políticos. Pero ese pesimismo no es nunca amargo. En "El discreto encanto de la burguesía" está ausente la amargura. Cuando estalla la risa, ésta es sana y franca. En esta película maravillosa —quiero decir "llena de maravillas"— sólo existe la mirada lúcida, algo despreciativa, un poco desesperada, pero siempre divertida, de un hombre que conoce a fondo el corazón de los hombres». ■ Una revista de prensa de R. CHAO.



F. Rey, Delfine Seyrig, Bulle Ogier y Paul Frankour.

